



UNR facultad de psicología

Trabajo integrador final

Título: La transferencia en las psicosis

Autor: Moisés María Pusineri

Legajo: P-2238/1

Docente responsable: Damián Coirini

Año: 2018

## Índice

Carátula.....	P.1
Índice.....	P.2
Resumen y palabras clave.....	P.3
1 Problema.....	P.5
2 Objetivos.....	P.6
3 La constitución del sujeto y los tres tiempos del Edipo.....	P.7
3.1 Bejahung y Verwerfung.....	P.10
3.2 Transferencia.....	P.13
3.3 Transferencia positiva y transferencia negativa.....	P.14
3.4 Transferencia en la teoría de Lacan.....	P.16
3.5 Transferencia y Verdad.....	P.17
3.6 Simbólico e imaginario, dos dimensiones de la transferencia.....	P.18
3.7 Cierre, no apertura.....	P.20
4 Interpretación, amor y transferencia.....	P.21
4.1 Freud y la imposibilidad.....	P.23
4.2 Hay transferencia psicótica.....	P.26
5 Conclusión.....	P.27
6 Bibliografía.....	P.28

## **Resumen y palabras clave**

En el presente trabajo la propuesta es producir una investigación bibliográfica respecto al tema de la Transferencia en Las Psicosis, con el objetivo de lograr una postura definida en relación al establecimiento de una transferencia en el tratamiento analítico con pacientes psicóticos. Para esto será necesario encontrar una teoría que avale dicha posibilidad. Lo que implica un trabajo comparativo, para el cual se abordaran los dos principales autores del psicoanálisis, Freud y Lacan, sumando otras lecturas, que también permitan cumplir el objetivo aquí propuesto.

Primero se desplegará el tema de la psicosis donde son importantes los conceptos de Complejo de Edipo, Bejahung (admisión), Verwerfung (forclusion) y castración; Ya que, según la teoría lacaniana, en Las Psicosis el papel del complejo de Edipo es esencial porque resulta normativizante, ya que debe desarrollarse de tal forma que permita al niño la Bejahung o admisión psíquica de ciertos elementos, entre ellos el “temor a la castración” como pieza central.

Dicho elemento se encuentra focludido en la estructura psicótica, lo que desemboca en una serie de consecuencias.

Freud por su lado nos dirá que el yo del psicótico intenta acercarse a la realidad creando la suya propia.

Como segundo punto del trabajo se tomará la cuestión de la transferencia, donde serán abordados aspectos tomados por ambos autores. Freud, haciendo una especie de manual técnico sobre como el médico debe manejar la transferencia de su paciente, los tipos de transferencia, etc. y Lacan introduciendo cuestiones respecto al amor, la palabra, la verdad y el sujeto supuesto saber.

**Palabras Clave: Psicosis, Transferencia, Behajung, Verwerfung.**

## **La transferencia en las psicosis**

## **Problema**

Como tema del presente trabajo se tomará 'la transferencia en Las Psicosis', abordándolo desde una perspectiva teórica psicoanalítica. Nuestro interés se debe a que solo se aborda en la cátedra Clínica 2 perteneciente al último año de la carrera, siendo tal vez insuficiente debido a la importancia de esta temática. Y, teniendo en cuenta que en los años anteriores se desarrolla desde una perspectiva Freudiana, la cual es de carácter más bien negativo, lo que desemboca en la mayoría de los casos en una confusión por parte del alumno a la hora de llegar a una conclusión.

Como es sabido, las psicosis forman parte de las llamadas 'estructuras clínicas' con las que trabaja el psicólogo a la hora de realizar un diagnóstico, lo cual lo vuelve un asunto de gran peso en nuestra formación. Sin embargo, al estar centrada clásicamente la labor del psicólogo en el trabajo con neuróticos se olvida darle mayor importancia a este campo, por eso la propuesta es realizar un recorrido bibliográfico por varios autores que aborden el tema, tomando como centrales los aportes de Freud y Lacan y enfocándonos principalmente en el fenómeno de la transferencia.

## **Objetivos**

### **Objetivo general:**

- Corroborar la existencia de una teoría que avale la posibilidad de establecer fenómenos transferenciales en el tratamiento con pacientes psicóticos y que por ende, demuestre que el mismo es posible.

### **Objetivos específicos:**

- Elaborar un recorrido teórico a través de la formulación de algunos autores pertenecientes al psicoanálisis que aborden Las Psicosis y la transferencia, con énfasis en Freud y Lacan.
- Analizar los contenidos recopilados para elaborar una síntesis que permita desembocar en una postura definida respecto a la posibilidad del establecimiento de una transferencia en el tratamiento analítico con pacientes psicóticos.

## La constitución del sujeto y los tres tiempos del Edipo

Para poder abordar las categorías propuestas (psicosis y transferencia), será necesario describir la forma en que se explica desde la perspectiva analítica, y más específicamente, desde la lacaniana, la constitución del sujeto, para de esta manera adentrarnos directamente en el campo de las psicosis, sus causas, y sus fenómenos. Según la teoría lacaniana, el inconsciente está estructurado como un lenguaje, por ende, la constitución de un sujeto es algo que se gesta a partir de aquellos significantes que le son dados por el Otro (alteridad fundamental, el gran otro, representado por la figura materna, es quien funda a alguien en tanto sujeto), ya desde antes de nacer, el bebé es hablado por los padres, es deseado por ellos.

Esto es lo que permite que en el ser humano hablemos de inconsciente y de sujeto, o sea, la llamada dimensión simbólica, el lenguaje, la palabra. Pero a la vez esto implica que el ser humano se constituya en base a un rasgo unario, este rasgo es la falta, el que seamos seres hablantes implica en sí mismo dicha falta, implica el deseo. Ahora bien, la diferencia fundamental, y aquello que traza el camino hacia la neurosis o psicosis según Lacan se produce durante el complejo de Edipo.

Nos dirá:

La metáfora paterna concierne a la función del padre. (...) La función del padre tiene su lugar, un lugar bastante amplio, en la historia del análisis. Se encuentra en el corazón de la cuestión del Edipo.

La cuestión de la ausencia o de la presencia del padre, del carácter benéfico o maléfico del padre, no se oculta. También hemos visto aparecer recientemente el término de carencia paterna. Cuando buscamos la carencia paterna ¿en qué nos interesamos con respecto al padre? Se amontonan preguntas en el registro biográfico. El padre ¿estaba o no estaba? ¿Viajaba, se ausentaba, volvía a menudo? Y también - ¿puede constituirse un Edipo normal cuando no hay padre? (...) Entonces se vio que un Edipo podía muy bien constituirse también cuando el padre no estaba presente. (...) Creo que el error de orientación es el siguiente – confunden dos cosas que están relacionadas, pero no se confunden, el padre en cuanto normativo y el padre en cuanto normal. (...) Tercer punto que adelanto – la cuestión de su posición en la familia no se confunde con una definición exacta de su papel normativizante. Hablar de su carencia en la familia no es hablar de su carencia en el complejo. En efecto, para hablar de su carencia en el complejo hay que introducir otra dimensión distinta de la realista.

El padre interviene en diversos planos. De entrada, prohíbe la madre. Este es el fundamento, el principio del complejo de Edipo, ahí es donde el padre está vinculado con la ley primordial de la interdicción del incesto. Es el padre, nos recuerdan, el encargado de representar esta interdicción. Es mediante toda su presencia, por sus efectos en el inconsciente, como lleva a cabo la interdicción de la madre. Ustedes esperan que diga bajo *amenaza de castración*. Es cierto, hay que decirlo, pero no es tan simple. De acuerdo, la castración tiene aquí el papel manifiesto y cada vez más confirmado, el vínculo de la castración con la ley es esencial, pero veamos cómo se nos presenta esto clínicamente.

Tomemos primero al niño. La relación entre el niño y el padre está gobernada por supuesto, por el temor de la castración.

¿Qué es este temor de la castración? ¿Cómo lo abordamos? Lo abordamos en la primera experiencia del complejo de Edipo, pero ¿de qué forma? Lo abordamos como una represalia dentro de una relación agresiva. Esta agresión parte del niño, porque su objeto privilegiado, la madre, le está prohibido, y va dirigida al padre. Vuelve hacia él en función de la relación dual, en la medida en que proyecta imaginariamente en el padre intenciones agresivas equivalentes o reforzadas con respecto a las suyas, pero que parten de sus propias tendencias agresivas. En suma, el temor experimentado ante el padre es netamente centrífugo, quiero decir que tiene su centro en el sujeto (Lacan; 1999; p. 165).

Está claro que aquí Lacan resalta la importancia que tiene el padre dentro de la trama edípica en tanto ley, en tanto que es aquél que viene a prohibir a la madre, objeto de amor del niño, y a partir de esto es que el infante desarrolla sentimientos de rivalidad hacia él. Pero lo fundamental de esto radica en que este padre es normativo sin necesariamente estar presente físicamente, no es necesario que ni él ni la madre estén ahí parados y le digan al niño: debes dejar de hacer tal cosa porque te cortaré tal otra. Lo necesario es que el padre sea introducido como función por el discurso de la madre, que la madre prohíba ciertas actitudes del niño, que le haga entender que esto sí y esto no (no es necesario representar esa escena clásica que Freud explicaba donde la madre explícitamente le decía al niño que le cortarían el pene o la mano, una madre no debe repetir exactamente esas palabras para que el complejo de castración surta efecto y el complejo de Edipo tenga un desarrollo normal, sino que se trata de poner límites a sus acciones indebidas).

Además, sea el padre amoroso con el niño o no, esto nunca coincide con la representación que este se hace de él, el padre en la mayoría de los casos va a ser representado como un padre terrible, que no permite al niño estar con su madre.

La posición del nombre del padre, la calificación del padre como procreador, es un asunto que se sitúa en el nivel simbólico. (...) Es una necesidad de la cadena significativa. Por el solo hecho de que instituyas un orden simbólico, algo corresponde o no a la función definida por el nombre del padre, y en el interior de esta función introduces significaciones que pueden ser distintas según los casos, pero que en ningún caso dependen de ninguna necesidad distinta de la necesidad de la función del padre, a la cual corresponde el Nombre del padre en la cadena significativa (Lacan; 1999; p. 187).

Lacan agrega:

He aquí pues lo que podemos llamar el triángulo simbólico, porque se instituye en lo real a partir del momento en que hay cadena significativa, articulación de una palabra. Digo que hay una relación entre este ternario simbólico y lo que planteamos aquí el año pasado en forma de ternario imaginario para presentarles la relación del niño con la madre, en tanto que el niño depende del deseo de la madre, de la primera simbolización de la madre, y de ninguna otra cosa. Mediante esta simbolización, el niño desprende su dependencia efectiva respecto del deseo de la madre de la pura y simple vivencia de dicha dependencia, y se instituye algo que se subjetiva en un nivel primordial o primitivo. Esta subjetivación consiste simplemente en establecer a la madre como aquél ser primordial que puede estar o no estar. En el deseo del niño, el de él, este ser es esencial. ¿Qué desea el sujeto? No se trata simplemente de la apetición de los cuidados, del contacto, ni siquiera de la presencia de la madre. Sino de la apetición de su deseo. Desde esta primera simbolización en la que el deseo del niño se afirma, se esbozan todas las complicaciones ulteriores de la simbolización, pues su deseo es deseo del deseo de la madre. ¿Cómo concebir que pueda ser leído como en un espejo, tal como se expresa en las escrituras, lo Otro que el sujeto desea? Ciertamente, no se efectúa sin la intervención de algo más que la simbolización primordial de aquella madre que va y viene, a la que se llama cuando no está y cuando está es rechazada para poder volver a llamarla. Ese algo más que hace falta es, precisamente la existencia detrás de ella de todo el orden simbólico del cual depende, y que, como siempre está más o menos ahí, permite cierto acceso al objeto de su deseo, que es ya un objeto tan especializado, tan marcado por la necesidad instaurada por el sistema simbólico, que es absolutamente impensable de otra forma sin su prevalencia. Este objeto se llama el falo (Lacan; 1999; p. 187).

La introducción del objeto de deseo de la madre debe ser realizada a partir de la aparición del orden simbólico, del orden de la ley. Es aquello que está más allá de la madre lo que permite la lectura del deseo materno en términos de falo.

Se suele decir que el niño se identifica con la madre fálica. Yo considero más correcto decir que con lo que se identifica es propiamente con el falo, en cuanto escondido bajo las ropas de la madre.

Se lo recuerdo para mostrarles que la relación del niño con el falo se establece porque el falo es el objeto del deseo de la madre. Pero la experiencia nos demuestra que este elemento desempeña un papel activo esencial en las relaciones del niño con la pareja parental.

De lo que aquí se trata es del nivel de la privación. Ahí el padre priva a alguien de lo que a fin de cuentas no tiene, es decir, de algo que sólo tiene existencia porque lo haces surgir en la existencia en cuanto símbolo.

Está muy claro que no puede castrar a la madre de algo que ella no tiene. Para que se establezca que no lo tiene, eso ya ha de estar proyectado en el plano simbólico como símbolo. Pero es, de todas formas, una privación, porque toda privación real requiere la simbolización. Es pues, en el plano de la privación de la madre donde en un momento dado de la evolución del edipo se plantea para el sujeto la cuestión de aceptar, de registrar, de simbolizar él mismo, de convertir en significativo, esa privación de la que la madre es objeto. Esa privación, el sujeto infantil la asume o no la asume, la acepta o la rechaza. Este punto es esencial. Se encontrarán con esto en todas las encrucijadas, cada vez que su experiencia los lleve hasta un punto determinado que ahora trataremos de definir como nodal en el Edipo.

Llamémoslo el punto nodal, ya que se me acaba de ocurrir. No me importa como algo esencial, quiero decir que no coincide, ni mucho menos, con aquel momento cuya clave buscamos, el declive del Edipo, su resultado, su fruto en el sujeto, a saber, la identificación del niño con el padre. Pero hay un momento anterior, cuando el padre entra en función como privador de la madre, es decir, se perfila detrás de la relación de la madre con el objeto de su deseo como *el que castra*, pero aquí solo lo pongo entre comillas, porque lo que es castrado, en este caso, no es el sujeto, es la madre (Lacan; 1999; p. 190).

Lacan, luego de introducir todas estas cuestiones, pasa directamente a explicarlas como los tres tiempos del Edipo, las organiza de esta forma.

### **Primer tiempo:**

En el primer tiempo y en la primera etapa, se trata, pues, de esto – el sujeto se identifica en espejo con lo que es el objeto del deseo de la madre. Es la etapa fálica primitiva, cuando la metáfora paterna actúa en sí al estar la primacía del falo ya instaurada en el mundo por la existencia del símbolo del discurso y de la ley. Pero el niño, por su parte, sólo capta el resultado. Para gustarle a la madre, si me permiten ustedes ir deprisa y usar palabras gráficas, basta y es suficiente con ser el falo (Lacan; 1999; p. 198).

### **Segundo tiempo:**

En el plano imaginario, el padre interviene realmente como privador de la madre, y esto significa que la demanda dirigida al Otro, si obtiene el relevo conveniente, es remitida a un tribunal superior, si puedo expresarme así.

En efecto, eso con lo que el sujeto interroga al Otro, al recorrerlo todo entero, encuentra siempre en él, en algún lado, al Otro del Otro, a saber, su propia ley. En este nivel se produce lo que hace que al niño le vuelva, pura y simplemente, la ley del padre concebida imaginariamente por el sujeto como privadora de la madre (Lacan; 1999; p. 198).

### **Tercer tiempo:**

Es tan importante como el segundo, pues de él depende la salida del complejo de Edipo. El falo, el padre ha demostrado que lo daba y sólo en la medida en que es portador, o supporter, si me permiten, de la ley. De él depende la posesión o no por parte del sujeto materno de dicho falo. Si la etapa del segundo tiempo ha sido atravesada, ahora es preciso, en el tercer tiempo, que lo que el padre ha prometido lo mantenga. Puede dar o negar, porque lo tiene, pero del hecho de que él

lo tiene, el falo, ha de dar alguna prueba. Interviene en el tercer tiempo como el que tiene el falo y no como el que lo es, y por eso puede producirse el giro que reinstaura la instancia del falo como objeto deseado por la madre, y no ya solamente como objeto del que el padre puede privar (Lacan;1999; p. 199).

Para cerrar esta cuestión, diremos que el segundo tiempo del Edipo es de capital importancia ya que:

Tiene como eje el momento en que el padre se hace notar como interdictor. Se manifiesta como mediado en el discurso de la madre. Hace un momento, en la primera etapa del complejo de Edipo, el discurso de la madre era captado en estado bruto. Decir ahora que el discurso del padre está mediado, no significa que hagamos intervenir de nuevo lo que la madre hace de la palabra del padre, sino que en la palabra el padre interviene efectivamente sobre el discurso de la madre. Aparece pues, de forma menos velada que en la primera etapa, pero no se revela del todo. A esto responde el uso del término mediado en esta ocasión.

En esta etapa, el padre interviene en calidad de mensaje para la madre (...) lo que enuncia es una prohibición, un "no" que se transmite allí donde el niño recibe el mensaje esperado de la madre. Si el círculo no se cierra completamente en torno al niño y éste no se convierte pura y simplemente en el objeto de deseo de la madre, es en la medida en que el objeto del deseo de la madre está afectado por la interdicción paterna (Lacan; 1999; p. 209).

De esta manera Lacan nos describe según su concepción la forma en que el sujeto se constituye en una primera instancia a partir de un significante que proviene del Otro y en una segunda instancia por la vía del complejo de Edipo, donde se producirá la inscripción (o no) de la ley. Como ya se indicó previamente, el padre aquí tiene un papel esencial como interdictor del deseo del niño (y de la madre), como aquel que permite introducir la castración en tanto elemento simbólico y normativizante en el infante, en tanto es quien prohíbe al niño desear a su madre (Lacan de todas formas nos dirá que la castrada es la madre, no el sujeto).

### **Bejahung y Verwerfung**

Hay algo aquí que resaltar, el hecho de que más allá de que el sujeto se encuentre en 'falta', o sea, que tenga un inconsciente estructurado como un lenguaje, y que por estructura posea una imposibilidad de completud, la falta no llega a estar siempre inscrita en lo simbólico.

Este es un punto que Lacan resalta en su seminario 3 (Las Psicosis) y es la característica por excelencia en la estructura psicótica.

Sería pertinente aclarar que entre los muros de la facultad de psicología englobada por la UNR, se escucha una pequeña fórmula que parece esclarecer este complejo tema:

'En la neurosis la castración se reprime, en la perversión se reniega (algo de eso se sabe, pero se hace como que si nada), y en las psicosis se forcluye'. Pareciera ser una especie de frase salvadora, pero muchas veces ofrece cierta confusión al no aclarar el punto que mencionamos, o sea, que en Las Psicosis también hay castración, y da una idea errada de que en ella no hay incompletud, no hay falta. Es sabido que por estructura estamos todos en falta, ya que es algo de orden constitutivo en el sujeto, más allá de que luego devenga neurótico, perverso o psicótico, esta es inevitable. Lacan define a la estructura como un grupo de elementos que forman un conjunto co-variante, y afirma que un conjunto es algo que difiere de una totalidad, o sea, depende de alguna complementariedad y sus elementos se definen por relaciones de oposición, es una especie de todo y de no-todo, además una de sus principales características es que está determinada por las mismas

leyes que el significante, lo que implica que el significante sea aquello que buscamos al analizar una estructura.

La ley es posible para el sujeto hablante porque hay una incompletud en la estructura. La ley aportará su función en un mundo caracterizado por no ser completo. La incompletud, en el contexto de las elaboraciones, designará a la pura carencia sin connotación subjetiva, a la falta propia a todo conjunto más allá de cada caso (Eidelsztein; 2001; p. 66).

El problema aquí es respecto a la inscripción de la falta en lo simbólico.

Es clásico decir que, en la psicosis, el inconsciente está en la superficie, es consciente. (...) El asunto no es tanto saber por qué el inconsciente que está ahí, articulado a ras de la tierra, queda excluido para el sujeto, no asumido, sino saber por qué aparece en lo real"

En lo inconsciente, todo no está tan solo reprimido, es decir desconocido por el sujeto luego de haber sido verbalizado, sino que hay que admitir, detrás del proceso de verbalización, una "bejahung" primordial, una admisión en el sentido de lo simbólico, que puede a su vez faltar.

Puede ocurrir que un sujeto rehúse el acceso, a su mundo simbólico, de algo que sin embargo experimentó, y que en esta oportunidad no es ni más ni menos que la amenaza de castración. Toda la continuación del desarrollo del sujeto muestra que nada quiere saber de ella, Freud lo dice textualmente, *en el sentido reprimido*.

Lo que cae bajo la acción de la represión retorna, pues la represión y el retorno de lo reprimido no son sino el derecho y el revés de una misma cosa. Lo reprimido siempre está ahí, y se expresa de modo perfectamente articulado en los síntomas y en multitud de otros fenómenos. En cambio, lo que cae bajo la acción de la *Verwerfung* tiene un destino totalmente diferente. (...) Todo lo rehusado en el orden simbólico, en el sentido de la *verwerfung*, reaparece en lo real (Lacan; 1986; p. 23)

El autor ya nos pone tras la pista sobre lo fundamental de la inscripción simbólica o '*bejahung*' y su diferencia con la forclusión, donde aquellos elementos no inscriptos reaparecen en lo real.

¿Qué sucede pues en el momento en que lo que no está simbolizado reaparece en lo real? No es inútil introducir al respecto el término de defensa. Es claro que lo que aparece, aparece bajo el registro de la significación, y de una significación que no viene de ninguna parte, que no remite a nada, pero que es una significación esencial, que afecta al sujeto. En ese momento se pone en movimiento sin duda lo que interviene cada vez que hay conflicto de órdenes, a saber, la represión. Pero, ¿por qué en este caso la represión no encaja, vale decir, no tiene como resultado lo que se produce en el caso de una neurosis?

Antes de saber por qué, primero hay que estudiar el cómo. Voy a poner bastante énfasis en lo que hace la diferencia de estructura entre neurosis y psicosis.

Cuando una pulsión, digamos femenina o pasivizante, aparece en un sujeto para quién dicha pulsión ya fue puesta en juego en diferentes puntos de su simbolización previa, en su neurosis infantil, por ejemplo, logra expresarse en cierto número de síntomas. Así, lo reprimido se expresa de todos modos, siendo la represión y el retorno de lo reprimido una sola y única cosa.

El sujeto, en el seno de la represión, tiene la posibilidad de arreglárselas con lo que le vuelve a aparecer. Hay compromiso. Esto caracteriza a la neurosis.

¿Qué es el comienzo de una psicosis? ¿Acaso una psicosis tiene prehistoria, como una neurosis? ¿Hay una psicosis infantil? No digo que responderemos esta pregunta, pero al menos la haremos. Todo parece indicar que la psicosis no tiene prehistoria.

Lo único que se encuentra es que cuando, en condiciones especiales que deben precisarse, algo aparece en el mundo exterior que no fuese primitivamente simbolizado, el sujeto se encuentra absolutamente inerme, incapaz de hacer funcionar la *verneinung* con respecto al acontecimiento. El sujeto, por no poder en modo alguno reestablecer el pacto del sujeto con el otro, por no poder realizar la mediación simbólica alguna entre lo nuevo y él mismo, entra en otro modo de mediación, completamente diferente del primero, que sustituye la mediación simbólica por un

pulular, una proliferación imaginaria, en los que introduce, de manera deformada y profundamente a-simbólica, la señal central de la mediación posible.

El significante mismo sufre profundos reordenamientos que otorgan ese acento tan peculiar a las intuiciones más significantes del sujeto. (Lacan; 1986; p. 125)

Podríamos decir entonces que lo central de las psicosis es la falta de admisión psíquica o Bejahung de un elemento fundamental, que es el temor a la castración, o sea, todo lo que tiene que ver con la ley. Y Lacan nos dirá que todo aquello que fue rechazado de lo simbólico retorna desde lo real, es lo que cayó en la Verwerfung o forclusión.

Si nos desviamos un poco de estas cuestiones y tomamos otros elementos no tan exclusivos de la teoría lacaniana veremos que la manera en que Lacan define las psicosis posee ciertas coincidencias con lo que Freud decía a partir de aquello que observaba en su clínica.

Freud dirá que:

En la psicosis se perfilarán dos pasos, el primero de los cuales, arrancará al yo de la realidad, en tanto el segundo quisiera indemnizar los perjuicios y restableciera el vínculo con la realidad a expensas del ello. (...) El segundo paso de la psicosis quiere también compensar la pérdida de realidad, mas no a expensas de una limitación del ello-como la neurosis lo hacía a expensas del vínculo con lo real-, sino por otro camino, más soberano: por creación de una realidad nueva, que ya no ofrece el mismo motivo de escándalo que la abandonada. En consecuencia, el segundo paso tiene por soporte las mismas tendencias en las neurosis y en las psicosis; En ambos casos sirve el afán de poder del ello, que no se deja constreñir por la realidad. Tanto neurosis como psicosis expresan la rebelión del ello contra el mundo exterior.

En la neurosis se evita, al modo de huida, un fragmento de la realidad, mientras que en la psicosis se lo reconstruye. Dicho de otro modo: en la psicosis, a la huida inicial sigue una fase activa de reconstrucción; en la neurosis, la obediencia inicial es seguida por un posterior intento de huida (Freud; 1979; p. 194).

Uno de los elementos en los que van a coincidir Freud y Lacan respecto a esta cuestión es el hecho de que en las psicosis nos encontramos con una realidad trastocada. En Freud como intento del yo para poder reconstruir algo de esa realidad a la que no obedece (sino que obedece al ello) y en Lacan como aquello que está afectado por una hiancia, un agujero, el cual intenta cubrir con lo que se llama el fantasma psicótico.

Retornemos un poco a la importancia del complejo de Edipo, ya que tiene un papel capital en la estructuración de la realidad.

Lacan nos dirá que este permite formar una estructura humanizada de lo real, lo que implica que debe desarrollarse de forma adecuada para poder pensar el mundo de manera significativa, y si no se realiza debidamente hay elementos simbólicos que van a faltar, por ende, la lectura de lo real estará trastocada, ya que como seres hablantes necesitamos del significante para poder organizar lo real. Aquellos significantes que quedarán tomados por la Bejahung serán los que organicen el mundo del sujeto hablante. Los seres humanos, en tanto seres hablantes no vivimos en un puro real, sino que lo que Lacan llama en su seminario 10 'el mundo' corresponde a este registro, y el sujeto, quien está bañado por el lenguaje y solo por él se constituye, vive en lo que se llama "la escena", o sea, el mundo leído en coordenadas significantes, es el mundo montado en la escena donde el sujeto habita. Esta pequeña referencia al seminario 10 me permite resaltar la importancia de lo que quiero transmitir, esto es, lo fundamental de la Bejahung.

## Transferencia

Si bien la escritura de Freud sobre las psicosis no se caracteriza por ser extensa, sí lo hacen sus producciones sobre transferencia. Asimismo, Lacan abordó el tema innumerables veces con el propósito de rectificar las lecturas 'erróneas' de los posfreudianos, y puso el acento en un fenómeno particular, 'el amor'.

A continuación, introduciremos el tema comenzando por los aportes de Freud, para desembocar en la obra de Lacan.

En su conferencia n° 27, Freud hace una descripción bastante completa y esclarecida sobre el fenómeno de la transferencia, digno de nombrar.

Si seguimos ocupándonos de nuestros pacientes histéricos y neuróticos obsesivos, pronto nos sale al paso un segundo hecho para el cual no estábamos de ninguna manera preparados. Pasado un tiempo, en efecto, no podemos dejar de notar que estos enfermos se comportan hacia nosotros de una manera muy particular.

Notamos que el paciente, al que no le interesaría, sino encontrar una salida para sus conflictos patológicos, desarrolla un interés particular hacia la persona del médico. Todo lo que tiene que ver con esta persona le parece mucho más importante que sus propios asuntos, y lo distrae de su condición de enfermo. Por eso el trato con el paciente resulta durante un tiempo muy agradable. Pero un tiempo tan bueno no puede durar para siempre. Un buen día se estropea. Aparecen dificultades en el tratamiento; el paciente asevera que nada más se le ocurre. Se tiene la definida impresión de que ya no se interesa en el trabajo y de que pasa por alto, a la ligera, la prescripción que se le dio: la de decir todo cuanto se le pase por la cabeza y abstenerse de toda crítica. Pero, ¿Qué ha ocurrido?

Si uno es capaz de aclarar de nuevo la situación, reconocerá como la causa de la perturbación el hecho de que el paciente ha trasfido sobre el médico intensos sentimientos de ternura que ni la conducta de este ni la relación nacida de la cura justifican.

Llamamos transferencia a este nuevo hecho que tan a regañadientes admitimos. Creemos que se trata de una transferencia de sentimientos sobre la persona del médico, pues no nos parece que la situación de la cura avale el nacimiento de estos últimos. Más bien conjeturamos que toda esa proclividad del afecto viene de otra parte, estaba ya preparada en la enferma y con oportunidad del tratamiento analítico se transfirió sobre la persona del médico.

Aclaremos que la transferencia surge en el paciente desde el comienzo del tratamiento y durante un tiempo se constituye el más poderoso resorte impulsor del trabajo.

Nada se registra de ella, y tampoco hace falta tomarla en cuenta, mientras opera en favor del análisis emprendido en común. Pero si después se muda en resistencia, es preciso prestarle atención y reconocer que modifica su relación con la cura bajo dos condiciones diferentes y contrapuestas: en primer lugar, cuando en calidad de inclinación tierna se ha hecho tan fuerte, ha dejado ver tan claramente los signos de su procedencia de la necesidad sexual, que no puede menos que suscitar una resistencia interior contra ella; y en segundo lugar, cuando consiste en mociones hostiles en vez de mociones tiernas

(Freud; 1917; p. 399)

Podemos ver cómo a partir de que ya existe cierta predisposición del lado de los pacientes es posible la transferencia. Y no es algo que se genera totalmente en el análisis.

## **Transferencia positiva y transferencia negativa**

En el texto "Dinámica sobre la transferencia" de 1912, Freud destaca mucho más el carácter de resistencia que la transferencia tiene.

Si se persigue un complejo patógeno desde su subrogación en lo consciente (llamativa como síntoma, o bien totalmente inadvertida) hasta su raíz en lo inconsciente, enseguida se entrará en una región donde la resistencia se hace valer con tanta nitidez que la ocurrencia siguiente no puede menos que dar razón de ella y aparecer como un compromiso entre sus requerimientos y los del trabajo de investigación. En este punto, según lo atestigua la experiencia, sobreviene la transferencia. Si algo del material del complejo (o sea, de su contenido) es apropiado para ser transferido sobre la persona del médico, esta transferencia se produce, da por resultado la ocurrencia inmediata y se anuncia mediante los indicios de una resistencia-p. Ej., mediante una detención de ocurrencias-. De esta experiencia inferimos que la idea transferencial ha irrumpido hasta la conciencia a expensas de todas las otras posibilidades de ocurrencia porque presta acatamiento también a la resistencia. Un proceso así se repite innumerables veces en la trayectoria de un análisis. Siempre que uno se aproxima a un complejo patógeno, primero se adelanta hasta la conciencia la parte del complejo susceptible de ser transferida, y es defendida con la máxima tenacidad.

Vencida aquella parte, los otros ingredientes del complejo ofrecen ya pocas dificultades. Así, en la cura analítica la transferencia se nos aparece siempre, en un primer momento, sólo como el arma más poderosa de la resistencia, y tenemos derecho a concluir que la intensidad y tenacidad de aquella son un efecto y una expresión de esta. El mecanismo de la transferencia se averigua, sin duda, reconduciéndolo al apronte de la libido que ha permanecido en posesión de imagos infantiles. (Freud; 1979; p. 101)

Sin embargo, la cuestión no es tan sencilla, ya que Freud no se refiere a todo tipo de transferencia como resistencia, sino a dos tipos particulares, que son la transferencia negativa y la positiva, pero de tipo erótico.

Uno cae en la cuenta de que no puede comprender el empleo de la transferencia como resistencia mientras piense en una transferencia a secas. Es preciso decidirse a separar una transferencia "positiva" de una "negativa", la transferencia de sentimientos tiernos de la de sentimientos hostiles, y tratar por separado ambas variedades de transferencia sobre el médico. Y la positiva, a su vez, se descompone en la de sentimientos amistosos o tiernos que son susceptibles de conciencia, y la de sus persecuciones en lo inconsciente. De estos últimos, el análisis demuestra que de manera regular se remontan a fuentes eróticas, de suerte que se nos impone esta intelección: todos nuestros vínculos de sentimiento de simpatía, amistad, confianza y similares, que valorizamos en la vida, se enlazan genéticamente con la sexualidad y se han desarrollado por debilitamiento de la meta sexual a partir de unos apetitos puramente sexuales.

La solución del enigma es, entonces, que la transferencia sobre el médico sólo resulta apropiada como resistencia dentro de la cura cuando es una transferencia negativa, o una positiva de mociones eróticas reprimidas. Cuando nosotros "cancelamos" la transferencia haciéndola consciente, sólo hacemos desasirse a la persona del médico esos dos componentes del acto de sentimiento, en cuanto al otro componente susceptible de conciencia y no chocante, subsiste y es en el psicoanálisis, al igual que en otros métodos de tratamiento, el portador del éxito. (Freud; 1979; p. 102)

Entonces, el tipo de transferencia que procuraría nuestro éxito es la de carácter positivo y 'amistosa', debiendo ser cancelada cualquiera de los otros dos tipos al hacerla consciente.

Otro gran aporte respecto al tema es el texto: 'Puntualizaciones sobre el amor de transferencia', donde Freud comienza preguntándose por las posibilidades que nos ofrece

la situación transferencial, y pensará cada una de las alternativas, entre las cuales plantea:

- . Unión legítima y permanente con la paciente
- . Separación
- . Relación ilegítima

Sin embargo, ninguna de dichas alternativas es la correcta, ya que no son beneficiosas para ninguno de los dos. La unión legítima es inviable debido a que no hablamos de un enamoramiento verdadero del analista, o sea, la paciente no lo ama como persona por sus numerosos atributos, nada de eso, sino que es hacia el lugar de 'analista' que él ocupa, es debido a la función que en ese instante ejerce. Por lo tanto, puede 'enamorarse' de otros analistas también. Además, al poco tiempo de haberse concretado su unión ella sacará a la luz nuevamente todos sus complejos.

La separación tampoco es opción, ya que ella necesitará nuevamente de otro médico y ocurrirá lo mismo.

La tercera alternativa no es posible debido a la moral civil y a la dignidad médica. Se planteará la siguiente solución:

Uno debe resguardarse de desviar la transferencia amorosa, de ahuyentarla o de disgustar de ella a la paciente; y con igual firmeza uno se abstendrá de corresponderle. Uno retiene la transferencia de amor, pero la trata como algo no real, como una situación por la que se atraviesa en la cura.

La paciente, cuya represión de lo sexual no ha sido cancelada, sino sólo empujada a trasfondo, se sentirá entonces lo bastante segura para traer a la luz todas las condiciones de amor, todas las fantasías de su añoranza sexual, todos los caracteres singulares de su condición de enamorada, abriendo desde aquí el camino hacia los fundamentos infantiles de su amor. (Freud; 1979; p. 169)

Por lo tanto, aquí nos dirá que es necesario para la cura sostener la transferencia, pero no corresponderla, ya que no es hacia la persona del analista hacia quien va dirigido su amor, sino a la función que uno ejerce.

Ahora, si bien este amor se caracteriza por ser de esta forma, no significa que no sea 'genuino', o sea, que no tenga cosas en común con el amor en cualquiera de sus otras formas.

No hay derecho a negar el carácter de amor "genuino" al enamoramiento que sobreviene dentro del tratamiento analítico. Si parece tan poco normal, ello se explica suficientemente por la circunstancia de que todo enamoramiento, aun fuera de la cura analítica, recuerda más a los fenómenos anímicos anormales que a los normales.

De cualquier modo, se singulariza por algunos rasgos que le aseguran una particular posición: 1) es provocado por la situación analítica; 2) es empujado hacia arriba por la resistencia que gobierna a esta situación, y 3) carece en alto grado del miramiento por la realidad objetiva, es menos prudente, menos cuidadoso de sus consecuencias, más ciego en la apreciación de la persona amada de lo que querríamos concederle a un enamoramiento normal. (Freud; 1979; p. 171)

## Transferencia en la teoría de Lacan

Lacan aborda el tema de la transferencia y no solo se dedica a releer a Freud, sino a corregir y criticar a los posfreudianos que estaban tan alejados de lo que Freud realmente quiso decir que era su punto de partida lo único que tenían en común.

En su seminario n° 1 Lacan habló sobre los escritos técnicos de Freud, y afinó muchas cuestiones sobre la transferencia.

Un ejemplo de esto es cuando nos habla de la llamada two bodies psychology, extraída de un tal Rickman, y afirma que la equivocación está en considerar esto solo como una relación de dos individuos, ya que el análisis es una relación de tres, y no de dos.

Esto va de la mano con la crítica que le hace a Annie Reich cuando toma lo que su paciente le había dicho como algo dirigido hacia ella, o sea, hacia su yo. Esto es lo que se llama un análisis de yo a yo, que no va más allá del hic et nunc (presente del análisis, el aquí y ahora).

Aquí hay una dimensión que estos autores descuidan, que es el nivel simbólico, el nivel de la palabra y del sujeto, plano muy importante, y que está ligado a lo que Freud decía de abordar el caso en su singularidad.

¿Qué quiere decir estudiarlo en su singularidad? Quiere decir que esencialmente, para él, el interés, la esencia, el fundamento, la dimensión propia del análisis, es la reintegración por parte del sujeto de su historia hasta sus últimos límites sensibles, es decir hasta una dimensión que supera ampliamente los límites individuales.

Esta dimensión revela cómo acentuó Freud en cada caso los puntos esenciales que la técnica debe conquistar; puntos que llamaré situaciones de la historia. ¿Acaso es éste un acento colocado sobre el pasado tal como, en una primera aproximación, podría parecer? Les mostré que no era tan simple. La historia no es el pasado. La historia es el pasado historizado en el presente porque ha sido vivido en el pasado.

El camino de la restitución de la historia del sujeto adquiere la forma de una búsqueda de restitución del pasado. Esta restitución debe considerarse como el blanco hacia el que apuntan las vías de la técnica. (Lacan; 2007; p. 27)

Con esto Lacan apunta a que no se trata de 'recordar', sino de reescribir la historia (esto podría vincularse al texto recordar, repetir, reelaborar, donde Freud habla sobre cómo el paciente en vez de recordar, repite, actúa ante el médico como lo hacía con sus padres, por ejemplo. Debemos dominar la transferencia y comunicar las resistencias al enfermo, para que, de esa manera, pueda reelaborarlo, inscribir de una manera diferente aquello que actuaba). Y más allá de los límites individuales implica tratar con aquellas presencias que nos habitan, o sea, reescribir una historia en la cual tuvieron capital importancia ciertas figuras que me determinaron como sujeto.

Vemos producirse, en cierto punto de esta resistencia, lo que Freud llama la transferencia, es decir la actualización de la persona del analista. Señalé antes, extrayéndolo de mi experiencia, que el sujeto la experimenta, en el punto más sensible- me parece-, más significativo del fenómeno, como la brusca percepción de algo que no es tan fácil de definir, la presencia.

Es éste un sentimiento que no experimentamos constantemente. Sin duda, estamos influenciados por todo tipo de presencias, y nuestro mundo sólo obtiene su consistencia, su densidad, su estabilidad vivida, en la medida en que, de algún modo, las tenemos en cuenta; pero no nos percatamos de ellas (Lacan; 2007; p. 73)

Podemos notar la importancia que dichas presencias tuvieron en la constitución del sujeto, pero también lo determinantes que son para el establecimiento de la transferencia en la situación analítica, ya que son ellas quienes actualizamos o ponemos sobre la figura del analista

A esto apunta Lacan cuando nos dice que no es una relación de a dos el análisis, porque no se reduce al analista y al analizante, sino que falta el tercer término, que es 'la palabra'.

Esto puede ilustrarse con el ejemplo que daba Lacan sobre Numberg, una analista que tenía un paciente que le llevaba muchísimo material, y descubre luego que este paciente cuando era pequeño, hablaba mucho con su madre, quien se sentada a los pies de su cama y escuchaba atentamente lo que él le decía. Entonces, Numberg estaba ocupando el lugar de la madre del joven.

Ahora bien, ¿cómo es esto posible?

¿Por qué el análisis se transforma desde el momento en que se analiza la situación transferencial evocando la antigua situación, en cuyo transcurso el sujeto estaba ante un objeto totalmente diferente, que no puede ser asimilado al objeto actual? Porque la palabra actual, como la palabra antigua, está en el interior de un paréntesis en el tiempo, dentro de una forma de tiempo, si me permiten la expresión.

Siendo idéntica la modulación de tiempo, la palabra del analista tiene el mismo valor que la palabra antigua. (Lacan; 2007; p. 352)

De esta forma demuestra el poder que tiene la palabra y su importancia en nuestra labor analítica, y principalmente en el establecimiento de la transferencia, ya que ella es la que permite la ya mencionada actualización de ciertas presencias sobre la persona del analista.

Hemos sido llevados a ese punto en torno al cual giramos a partir de la mitad del último trimestre: la estructura de la transferencia.

Para situar los problemas que a ella se refieren, es preciso partir del punto central al que nos ha llevado nuestra investigación dialéctica, a saber, que no se puede explicar la transferencia por una relación dual imaginaria; el motor de su progreso es la palabra. (Lacan; 2007; p. 379)

### **Transferencia y verdad**

Entre los diversos aportes que Lacan hace sobre la transferencia, incluye la cuestión de la verdad, él nos dirá:

Lo propio del campo psicoanalítico es suponer, en efecto, que el discurso del sujeto se desarrolla normalmente- así dice Freud- en el orden del error, del desconocimiento, incluso de la denegación: esta no es exactamente la mentira, está entre el error y la mentira. Estas son verdades de burdo sentido común.

Pero- aquí radica la novedad- durante el análisis en ese discurso que se desarrolla en el registro del error, ocurre algo a través de lo cual hace irrupción la verdad, y que no es la contradicción. (Lacan; 2007; pág. 385)

Vemos como el lapsus, el acto fallido, etc. en el análisis, resultan ser una apertura, una posibilidad de aparición de la verdad, de ese inconsciente, que como afirma Lacan, posee un ritmo 'sincopado', y es evanescente, o sea, tiene la característica de aparecer y desaparecer todo el tiempo. Estos momentos son en los que se da lo que nuestro autor llama 'palabra plena'.

Pero la importancia de la verdad no radica solo en esto.

Cuando el sujeto se compromete en la búsqueda de la verdad como tal es porque se sitúa en la dimensión de la ignorancia; poco importa que sepa o no. Es este uno de esos elementos que los analistas llaman *readiness to the transference*, disposición a la transferencia. Existe en el paciente

disposición a la transferencia por el solo hecho de colocarse en la posición de confesarse en la palabra, y buscar su verdad hasta su extremo, en el extremo que está ahí, en el analista. Conviene también considerar la ignorancia en el analista. (Lacan; 2007; pág. 404)

El ponerse en este lugar de querer buscar la verdad, la cual no es algo que se alcanza tan fácilmente, nos da ya de entrada la pauta de que hay posibilidad de transferencia en dicho paciente, sin embargo, como nos dirá el autor, el analista no debe colocarse en la posición del que sabe respecto de su analizante que es quien 'ignora', ya que en realidad no sabe nada sobre el paciente. Debe estar por su lado, en el lugar de la ignorancia docta, no ignorancia *docens*. No obstante, debido a la transferencia y a toda la situación analítica, el paciente tiene respecto de su analista, la ilusión de que sabe algo sobre aquello que él no, cosa que no es verdad, pero es necesaria para sostener el análisis.

Se habla al mismo tiempo del inconsciente como un saber no sabido, el sujeto no sabe que sabe, y este saber se expresa en las numerosas formaciones del inconsciente.

### **Simbólico e imaginario, dos dimensiones de la transferencia**

Si bien se destaca la palabra y lo simbólico en la transferencia, Lacan no dejará de lado totalmente la dimensión imaginaria, nos dirá:

Hay otra forma de abordar el problema de la transferencia: hacerlo a partir de ese nivel de lo imaginario cuya importancia no dejamos de subrayar aquí. El desarrollo relativamente reciente de la etología animal nos permite darle una estructuración más clara que la que le daba Freud. Durante la lucha entre los machos, podemos ver a los sujetos convenir en una lucha imaginaria. Existe allí, entre los adversarios, una regulación a distancia que transforma la lucha en danza. Y, en determinado momento, como sucede en el pareo, los papeles están elegidos, la dominación de uno sobre el otro es reconocida, sin que sea preciso llegar, no diré a las manos, pero sí a las uñas, a los dientes, a los pinchos. Uno de los miembros de la pareja adopta la actitud pasiva y somete a la preponderancia del adversario. Uno esquiva al otro, adopta uno de los papeles y manifiestamente lo hacen en función del otro, es decir, en función de lo que el otro ha alegado en el plano de la *gestalt*. Los adversarios evitan una lucha real que conduciría a la destrucción de uno de ellos y trasponen el conflicto al plano de lo imaginario. Cada uno se localiza en la imagen del otro, y se lleva a cabo una regulación que distribuye los papeles dentro del conjunto de la situación, la cual es diádica.

En el hombre, lo imaginario está reducido, especializado, centrado en la imagen especular, que constituye a la vez los callejones sin salida y la función de la relación imaginaria.

La imagen del yo- por el sólo hecho de ser imagen, el yo es yo ideal- resume toda la relación imaginaria en el hombre.

Por producirse en un momento en que las funciones no están aún plenamente desarrolladas, adquieren un valor saludable, que, la asunción jubilatoria del fenómeno del espejo expresa suficientemente; Sin embargo, no por ello deja de estar en relación con la prematuración vital y, en consecuencia, con un déficit originario, con una hiancia a la que su estructura queda ligada.

Esta imagen de sí, el sujeto volverá a encontrarla constantemente como marco de sus categorías, de su aprehensión del mundo: como objeto, y esto, teniendo como intermediario al otro. Es en el otro siempre donde volverá a encontrar a su yo ideal, a partir de allí se desarrolla la dialéctica de sus relaciones con el otro.

Si el otro satura, colma esa imagen, se convierte en objeto de una carga narcisista que es la de la *verliebtheit* (enamoramiento).

Por el contrario, y siguiendo la misma línea, si el otro aparece frustrando al sujeto en su ideal y en su propia imagen, genera la tensión destructiva máxima. Por un pelo, la relación imaginaria con el otro vira en un sentido o en otro: es ésta la clave de los problemas que Freud plantea en lo que concierne a la súbita transformación entre amor y odio en la *Verliebtheit*

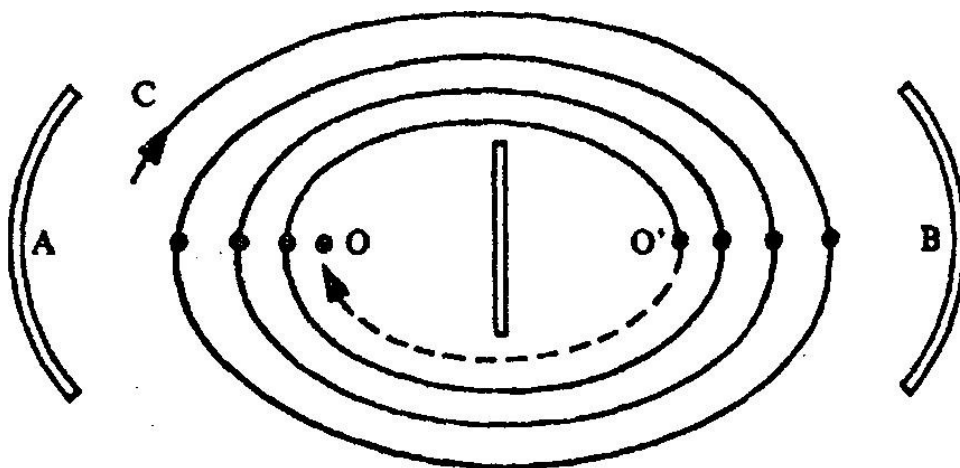
Este fenómeno de carga imaginaria juega el papel de pivote en la transferencia.

La transferencia, si bien es cierto que se establece en y por la dimensión de la palabra, sólo aporta la relevancia de esta relación imaginaria cuando alcanza ciertos puntos cruciales del encuentro hablado con el otro, en este caso el analista. Desembarazado el discurso mediante la regla llamada fundamental de parte de sus convenciones, comienza a jugar más o menos libremente respecto al discurso corriente, y abre al sujeto a la vía de esa fecunda equivocación en la que la palabra verídica confluye con el discurso del error. Pero, también cuando la palabra huye la revelación, la equivocación fecunda, y se desarrolla en el engaño- dimensión esencial que precisamente nos impide eliminar al sujeto como tal de nuestra experiencia, y reducirla a términos objetales- se descubren esos puntos que en la historia del sujeto, no fueron integrados, asumidos, sino reprimidos. (Lacan; 2007; p. 409)

Por empezar, Lacan en este fragmento remarca que lo imaginario también forma parte de la constitución de la persona. Ya que podemos decir que uno antes que Yo es otro, porque es gracias a nuestros semejantes que se da la constitución del yo, y es esto a la vez lo que implica que quede en cierta dependencia de ese otro durante toda la vida. En el estadio del espejo Lacan explica dicho proceso, el cual nos lleva a constituir una imagen de nosotros mismos, pero que nos deja ligados a una hiancia, a una falta, debido a que es una prematuración, o sea, constituimos como completo algo que en realidad no lo está.

Aquí se habla sobre como la imagen que el otro me da de mí mismo determina mi relación con él, si se dirige más hacia el odio, o hacia el amor, si me pone en falta o me completa en cierta forma. Esto tiene capital importancia a la vez para la transferencia, porque es un elemento que no escapa a dicha situación, y la palabra de revelación está totalmente atada al lugar que el analista ocupa para mí, que representa para mí.

Lacan combina esto con el funcionamiento del análisis y lo explica por medio de su gráfico de espiral:



En O, coloco la noción del yo (moi) inconsciente del sujeto. Este inconsciente está constituido por lo que el sujeto esencialmente desconoce de su imagen estructurante, de la imagen de su yo, es decir, las capturas por las fijaciones imaginarias que fueron inasimilables en el desarrollo simbólico de su historia; esto significa que eran traumáticos.

¿De qué se trata en el análisis? se trata de que el sujeto puede totalizar los diversos accidentes cuya memoria está conservada en O en forma tal que su acceso le está cerrado. Ella sólo se abre por la verbalización, es decir por la mediación del otro, o sea, por el analista. A través de la asunción hablada de su imaginario truncado.

A medida que el sujeto asume en el discurso, se produce ese complemento de lo imaginario que se realiza en el otro, en la medida en que se lo hace oír al otro.

Lo que está en O pasa a O'. Todo lo proferido desde A, del lado del sujeto, se escucha en B, del lado del analista.

El analista lo escucha, pero a la vuelta también lo oye el sujeto. El eco de su discurso es simétrico al carácter especular de la imagen. Esta dialéctica giratoria, que les represento en el esquema por una espiral, ciñe cada vez más cerca a O y O'. El progreso del sujeto en su ser debe finalmente llevarlo a O, pasando por una serie de puntos que se reparten entre A y O.

En esta línea, el sujeto pone una y otra vez sus manos a la obra, y confesando en primera persona su historia, progresa en el orden de las relaciones simbólicas fundamentales donde tiene que encontrar el tiempo, resolviendo las detenciones y las inhibiciones que constituyen el superyó.

(Lacan; 2007; p. 412)

Aquí explica lo capital de la combinación entre lo simbólico y lo imaginario durante el análisis y cómo esto funciona, sin dejar de considerar, por supuesto, que para que dicho análisis se dé debe haber transferencia.

Lo primero a destacar es que en el inconsciente hay ciertos elementos imaginarios truncados por ser traumáticos, y, por ende, no simbolizados.

El análisis cumple la función de permitir gracias a la figura del analista, que la palabra del paciente haga eco sobre él y le retorne con tal resonancia, que pueda pensar sobre ella, y así asimilar más elementos dejados de lado, y, de esta manera comenzar a simbolizarlos. Hay que destacar que esto solo es posible durante un tratamiento analítico donde haya alguien cumpliendo la función de analista.

### **Cierre, no apertura**

Previamente se habló sobre cómo el análisis da la posibilidad de que el paciente acceda a su verdad por la vía del error, se dé la palabra plena, pero condicionada por ese ritmo tan particular que el inconsciente posee, y también por la existencia de la transferencia. Pero Lacan nos dirá, que, si bien la transferencia es un elemento primordial para el análisis, no es (al contrario de lo que uno estaría inclinado a pensar) el momento de apertura del inconsciente, sino su momento de cierre.

Si seguimos su emergencia en los textos y las enseñanzas de Freud, corremos el peligro de un deslizamiento que no podemos imputarle- no ver en el concepto de transferencia sino el propio concepto de repetición. No olvidemos que, cuando Freud nos lo presenta, nos dice- lo que no puede ser recordado se repite en la conducta. Esta conducta, para revelar lo que repite, se ofrece a la reconstrucción del analista.

Podemos llegar a creer que la opacidad del trauma- tal como el pensamiento de Freud lo mantiene en su función inaugural, es decir, para nosotros, la de resistencia de la significación- es en ese momento explícitamente considerada como responsable del límite de la rememoración. Y después de todo, podríamos sentirnos cómodos en nuestra propia teorización, si reconocemos que éste es un momento muy significativo, el de la transmisión de poderes del sujeto al Otro, que llamamos el gran Otro, el lugar de la palabra, virtualmente, el lugar de la verdad.

¿Es ese el punto de aparición del concepto de transferencia?

Así parece, y muchas veces se dejan las cosas tal cual. Pero miremos el asunto más detenidamente. Ese momento, en Freud, no es simplemente el momento límite que corresponde a lo que designé como el momento cierre del inconsciente, pulsación temporal que lo hace desaparecer en cierto punto de su enunciado. Freud, cuando introduce la función de la transferencia, se esmera en señalar ese momento como causa de lo que llamamos transferencia. El Otro, latente o no, está presente, desde antes, en la revelación subjetiva. Ya está presente cuando ha empezado a asomar algo del inconsciente. (Lacan; 1977; p. 135)

Lacan toma lo que nos dice Freud sobre la transferencia y la transmisión de poderes al Otro que se da durante esta, y afirma que dicha transmisión ya está dada cuando algo del inconsciente aparece, o sea, que esto no se da en la transferencia, sino que es previo. Y que la transferencia, lejos de ser lo que genera esta aparición, es lo que la interrumpe, lo que da cierre (obviamente, es condición sine qua non para dicha apertura, pero no causa directa de ella).

La transferencia es el medio por el cual se interrumpe la comunicación del inconsciente, por el que el inconsciente se vuelve a cerrar. Lejos de ser el momento de la transmisión de poderes al inconsciente, la transferencia es al contrario, su cierre.

Esto es esencial para marcar la paradoja que se suele expresar con bastante frecuencia mediante la indicación siguiente, que también encontramos en el texto de Freud- el analista debe esperar a la transferencia para empezar a dar la interpretación.

Quiero poner el acento en este asunto porque es la línea divisoria entre la buena y la mala manera de concebir la transferencia.

La contradicción de su función, que hace que se la vea como el punto de impacto del alcance interpretativo en la medida misma en que, con respecto al inconsciente, es momento de cierre, exige que la tratemos como lo que es, a saber, un nudo. (Lacan; 1977; p. 137)

### **Interpretación, amor y transferencia**

Si hay un aspecto que no puede ser dejado de lado respecto de la transferencia, ese es el del amor. Sin embargo, antes de tocar dicho tema directamente es necesario hacer un pequeño recorrido donde Lacan habla del sentido y luego desemboca en cómo se liga a esta cuestión.

(...) la fórmula que he dado de la metáfora. Esta fórmula era útil y esencial, pues manifiesta la dimensión donde aparece el inconsciente, en la medida en que le es fundamental la operación de condensación significativa.

Entre significativo y significado hay otra relación-la de efecto de sentido.

Lo que ocurre es que un significativo sustitutivo ha ocupado el lugar de otro significativo para constituir el efecto de metáfora. Manda a otra parte al significativo que ha expulsado. Si se quiere, precisamente, conservar la posibilidad de un manejo fraccional, se colocará el significativo desaparecido, el significativo reprimido, debajo de la barra principal de la fracción, en el denominador, *underdrückt*.

Es falso, por consiguiente, que la interpretación esté abierta a todos los sentidos.

La interpretación no está abierta a todos los sentidos. No es cualquiera. Es una interpretación significativa que no debe fallarse. No obstante, esta significación no es lo esencial para el advenimiento del sujeto. Es esencial que el sujeto vea, más allá de esta significación, a qué significativo- sin sentido, irreductible, traumático- está sujeto como sujeto.

Este significativo constituye al sujeto en su libertad respecto de todos los sentidos, pero esto no quiere decir que no esté allí determinado.

Porque en el numerador, en lugar del cero, han venido a inscribirse significaciones, significaciones dialectizadas en la relación con el deseo del Otro, que dan a la relación del sujeto con el inconsciente un valor determinado. (Lacan; 1977; p. 255)

Aquí se trata de resaltar nuevamente la importancia del significativo, pero esta vez específicamente apunta a la cuestión ontológica. Cómo, si bien el inconsciente implica todo un juego de metáfora, metonimia, condensación y desplazamiento, o sea, una serie de movimientos en relación al significativo, lo destacable, es que el sujeto al estar constituido a través de un significativo particular que proviene del Otro, es ese el que lo determina esencialmente a nivel del ser.

Lacan destaca esto en varias ocasiones, me vienen a la memoria dos particulares, una vez en el capítulo 'El significativo en cuanto tal, no significa nada', donde al describir las

características de la estructura resalta que lo que se busca en un análisis estructural es despejar el significante.

Y una segunda vez, en el seminario de Las psicosis, en su capítulo 'La pregunta histórica', donde dice que esta pregunta es una pregunta hecha en el plano del significante, en el del *to be or not to be*, el plano del ser.

Entonces, podemos entender que en el análisis interpretar no se trata de ligar cualquier significante a cualquier cosa que el paciente diga, o delirar y construir una cadena significativa totalmente azarosa, sino prestarse a la escucha atentamente y saber realmente cómo se encadenan los significantes que me hace llegar el paciente, qué es destacable y qué no lo es.

Tenemos, pese a todo, que seguir adelante con lo que nos preocupa, o sea, con la transferencia. ¿Cómo reanudar su discusión? La transferencia sólo puede pensarse a partir del sujeto a quien se supone saber.

Ahora ven con más claridad qué se le supone saber. Se supone que sabe eso de lo que nadie escapa una vez formulado: simple y llanamente la significación.

Esta significación implica, por supuesto, el que no pueda rehusarse a ella – y por ello suscitó antes que nada la dimensión de su deseo.

Este punto privilegiado es el único al que podemos reconocerle el carácter de punto absoluto sin saber alguno. Es absoluto justamente, por no ser ningún saber, por ser más bien el punto de empalme entre su propio deseo y la resolución de lo que hay que revelar.

El sujeto entra en juego a partir del siguiente soporte fundamental –al sujeto se le supone saber, por el mero hecho de ser sujeto del deseo. Pero entonces ¿qué ocurre? Ocurre algo que en su aparición más común se denomina *efecto de transferencia*. Este efecto es el amor. Es evidente que como todo amor sólo se ubica, como indica Freud, en el campo del narcisismo. Amar es esencialmente querer ser amado.

Lo que surge en el efecto de transferencia se opone a la revelación. El amor interviene en su función aquí revelada como esencial, la del engaño. El amor, sin duda, es un efecto de transferencia, pero en su faz de resistencia. Los analistas, para poder interpretar, tienen que esperar que se produzca este efecto de transferencia, y a la vez, saben que hace que el sujeto se cierre al efecto de la interpretación. (Lacan; 1977; p. 261)

Entonces aquello que permite el efecto de transferencia es lo que se llama el sujeto supuesto saber, o sea, que el paciente le suponga al analista que sabe algo sobre él, particularmente, que sabe sobre una significación que lo determina como sujeto, que tiene que ver con su deseo, y aquí se destaca que es un lugar que no se puede rechazar.

Pero a la vez dicha situación desemboca en el amor de transferencia, que, como Freud indicaba, es una fase de resistencia respecto a la palabra de revelación, es un cierre.

Como es su costumbre, Lacan viene a invertir una cosa aquí, y decirnos que es en este momento de cierre donde debe llevarse a cabo la interpretación.

Esta conclusión a la que arriba Lacan va de la mano con algo que dice en su escrito 'La dirección de la cura y los principios de su poder'.

Si el analista sólo tuviese que vérselas con resistencias lo pensaría dos veces antes de hacer una interpretación, como en efecto es su caso, pero estaría a mano después de esa prudencia.

Sólo que esta interpretación, si él la da, va a ser recibida como proveniente de la persona que la transferencia supone que es. (Lacan; 1975; p. 565)

Es muy importante ser cuidadosos en nuestras interpretaciones y cómo se las comunicamos al paciente, ya que debido a la transferencia estas serán percibidas de una forma bastante particular, y tendrán los más diversos efectos sobre él. El analista no debe descuidar la importancia del lugar que ocupa para su paciente.

Si bien la interpretación es fundamental, quiero volver a la transferencia y el amor.

Lacan dice que la transferencia si bien está ligada a las presencias que habitan al sujeto, no se reduce a ello, así como los sentimientos que se despiertan.

Esto quiere decir que la transferencia no es, por naturaleza, la sombra de algo vivido antes. Por el contrario, en tanto está sujeto al deseo del analista, el sujeto desea engañarlo acerca de esa sujeción haciéndose amar por él, proponiendo motu proprio esa falsedad esencial que es el amor. El efecto de transferencia es ese efecto de engaño que se repite en el aquí y ahora.

Es repetición de lo ocurrido antes tal cual sólo por tener la misma forma.

En consecuencia, podemos decir que detrás del amor llamado de transferencia está la afirmación del vínculo del deseo del analista con el deseo del paciente. Es lo que Freud, con un rápido juego de manos, presentó como engañosos cuando dijo, a fin de reconfortar a los colegas: después de todo, no es más que el deseo del paciente. Sí, es el deseo del paciente, pero en su encuentro con el deseo del analista. (Lacan, 1977; p. 261)

Vemos cómo el amor de transferencia no sólo tiene algo que viene de otro lado, sino que también tiene sus cuestiones actuales y en relación al analista. Podemos apreciar cómo aquí se deja ver la transferencia en su fase de resistencia, ya que en tanto hay sentimientos de amor, esto implica (como cualquier relación amorosa) la sensación de que el otro me completa y así poder seguir ignorando lo que me falta. Es necesario mencionar que aquí se pone en juego otro elemento importante, el 'deseo del analista', esto quiere decir que no solo está en juego lo que viene de parte del paciente, sino que se pretende que del otro lado haya algún tipo de respuesta.

En tanto uno está llevando a cabo para el paciente la función de analista, lo adecuado respecto de su deseo sería que solo se tratara del deseo de sostener el análisis, de que de parte del paciente siga habiendo demanda de análisis.

No obstante, Lacan deja bien en claro qué posición debe adoptar el analista ante todas las provocaciones, y es la de llevar a cabo el juego del muerto, ya que, si el analista llega a poner algo de su angustia en juego, el análisis corre peligro de estropearse.

Cuando en el seminario 10 nuestro autor nos habla sobre el esquema de la comunicación analítica, basada en el esquema 'L', nos dirá que la palabra plena es algo que se da entre dos sujetos del otro lado del muro del lenguaje, donde el mensaje que proviene del Otro puede llegar al sujeto, pero esto se ve interrumpido por las relaciones imaginarias (las relaciones imaginarias, o sea, entre el yo y sus semejantes, se limitan a este lenguaje común el cual es un lenguaje vacío, no hay revelación o palabra plena, está atado al muro del lenguaje), y el analista, al cumplir por un lado esta función, debe permitir la palabra de revelación, ofrecerse a una escucha determinada, pero por otro lado, al no poder deshacerse del todo de su condición de ser humano, no se descarta que pueda llegar a interrumpir dicha palabra al posicionarse en esta otra dimensión imaginaria y prestarse a una comunicación de yo a yo.

### **Freud y la imposibilidad**

Si bien existen innumerables correspondencias entre Lacan y Freud, también hay muchas diferencias, pero en este caso, la más destacable es la opinión que ambos autores muestran respecto al tratamiento con pacientes psicóticos, siendo la opinión de Freud negativa respecto a dicha práctica, y la de Lacan totalmente a favor de este tratamiento.

Esta diferencia es comprensible, debido a los tiempos en los que cada uno vivió. Por su lado, Freud es el padre del psicoanálisis y por lo tanto el pionero de este campo, cabe mencionar además su formación como neurólogo.

Lacan en cambio se dedicó al psicoanálisis en un momento donde ya había toda una teoría Freudiana desarrollada y toda una generación (más allá de lo que opine Lacan sobre ellos) que había sumado escritos al material ya existente.

Además, este último poseía una formación psiquiátrica y su especialidad estaba referida justamente al campo que nos compete (las psicosis).

A continuación, haremos mención a las diversas ocasiones donde Freud afirmó la imposibilidad de trabajar con pacientes psicóticos.

.Y así es: hemos dicho que en las histerias, las neurosis de angustia y las neurosis obsesivas el éxito nos da en principio la razón. Pero existen otras formas de enfermedad en las que, no obstante ser idénticas las condiciones, nuestro procedimiento terapéutico nunca alcanza éxito. También en ellas estuvo en juego un conflicto originario entre el yo y la libido, que llevó a la represión- por más que esta deba caracterizarse tópicamente de otro modo- también aquí es posible pesquisar los lugares en los cuales se produjeron las represiones en la vida del enfermo: aplicamos el mismo procedimiento, estamos dispuestos a hacer idénticas promesas, brindamos el mismo auxilio comunicando representaciones- expectativa y, nuevamente, la diferencia temporal entre el presente y aquellas represiones favorece otro desenlace para el conflicto. Y a pesar de todo ello, no logramos cancelar una sola resistencia ni eliminar una sola represión. Estos pacientes, los paranoicos, los melancólicos, los aquejados de *dementia praecox*, permanecen totalmente incólumnes e inmunes a la terapia psicoanalítica.

Esta objeción de ustedes es de enorme interés y exige una respuesta. Pero hoy ya no puedo, me falta el tiempo. La próxima vez, entonces. Verán que puedo replicarles. Por hoy remataré lo que había iniciado. Les prometí hacerles comprensible, con el auxilio del hecho de la transferencia, la razón por la cual nuestro empeño terapéutico no tiene resultado alguno en las neurosis narcisistas.

Puedo hacerlo con pocas palabras, y ustedes verán cuán simplemente se soluciona el enigma y todo se compagina. La observación permite conocer que los que adolecen de neurosis narcisistas no tienen ninguna capacidad de transferencia o sólo unos restos insuficientes de ella. Rechazan al médico, no con hostilidad, sino con indiferencia. Por eso este no puede influirlos; lo que dice los deja fríos, no les causa ninguna impresión, y entonces no puede establecerse en ellos el mecanismo de curación que implantamos en los otros, a saber, la renovación del conflicto patógeno y la superación de la resistencia de la represión. (Freud; 1917; p. 398)

.El narcisismo, en este sentido, no sería una perversión, sino el complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación, de la que justificadamente se atribuye una dosis a todo ser vivo. Un motivo acuciante para considerar la imagen de un narcisismo primario y normal surgió a raíz del intento de incluir bajo la premisa de la teoría de la libido el cuadro de la *dementia praecox* (Kraepelin) o esquizofrenia (Bleuler).

Los enfermos que he propuesto designar "parafrénicos muestran dos rasgos fundamentales de carácter: el delirio de grandeza y el extrañamiento de su interés respecto del mundo exterior (personas y cosas). Esta última alteración los hace inmunes al psicoanálisis, los vuelve incurables para nuestros empeños. Ahora bien, el extrañamiento del parafrénico respecto del mundo exterior reclama una caracterización más precisa. También el histérico y el neurótico obsesivo han resignado (hasta donde los afecta su enfermedad) el vínculo con la realidad. Pero el análisis muestra que en modo alguno han cancelado el vínculo erótico con personas y cosas.

Aún lo conservan en la fantasía; vale decir: han sustituido los objetos reales por objetos imaginarios de su recuerdo o los han mezclado con estos, por un lado; y por el otro, han renunciado a emprender las acciones motrices que les permitirían conseguir sus fines en esos objetos. A este estado de la libido debería aplicarse con exclusividad la expresión que Jung usa indiscriminadamente: *introversión* de la libido.

Otro es el caso de los parafrénicos. Parecen haber retirado realmente su libido de las personas y cosas del mundo exterior, pero sin sustituirlas por otras en su fantasía. Y cuando esto último

ocurre, parece ser algo secundario y corresponder a un intento de curación que quiere reconducir la libido al objeto.

Surge una pregunta: ¿Cuál es el destino de la libido sustraída de los objetos en la esquizofrenia? EL delirio de grandeza propio de estos estados nos indica aquí el camino. Sin duda, nació a expensas de la libido de objeto. La libido sustraída del mundo exterior fue conducida al yo, y así surgió una conducta que podemos llamar narcisismo. Ahora bien, el delirio de grandeza no es por su parte una creación nueva, sino, como sabemos, la amplificación y el despliegue de un estado que ya antes había existido. (Freud; 1979; p. 71)

.Solo el análisis de una de las afecciones que llamamos psiconeurosis narcisistas promete brindarnos unas perspectivas que nos acerquen a ese enigmático *icc* y, por así decir, nos lo pongan al alcance de la mano.

Desde un trabajo de Abraham (1908), que este escrupuloso autor ha atribuido a una sugerencia mía, procuramos caracterizar la *dementia praecox* de Kraepelin (la esquizofrenia de Bleuler) por su conducta hacia la oposición entre yo y objeto. En las neurosis de transferencia (histeria de angustia y de conversión, neurosis obsesiva) nada había que empujase al primer plano esa oposición. Por cierto, se sabía que la denegación (frustración) del objeto generaba el estallido de la neurosis y esta envolvía la renuncia al objeto real, y también que la libido sustraída del objeto real revertía sobre un objeto fantaseado y desde ahí sobre un objeto reprimido (introversión). Pero la investidura de objeto misma es retenida en estas neurosis con gran energía, y la indagación más fina del proceso represivo nos forzó a suponer que la investidura de objeto persiste en el interior del sistema *icc* a pesar de la represión- más bien, (a causa de ella)-. Y sin duda, la capacidad para la transferencia, que en estas afecciones aprovechamos terapéuticamente, presupone una imperturbada investidura de objeto.

En el caso de la esquizofrenia, en cambio, se nos impuso el supuesto de que tras el proceso de la represión la libido quitada no busca un nuevo objeto, sino que ese recoge en el yo; por tanto, aquí se resignan las investiduras de objeto y se reproduce un estado de narcisismo primitivo, carente de objeto. La incapacidad de estos pacientes para la transferencia- al menos hasta donde llega el proceso patológico- la inaccesibilidad terapéutica que de ahí se sigue, su característica repulsa del mundo exterior, el surgimiento de signos de una sobreinvestidura del yo propio, la apatía total en que desemboca el proceso, todos estos caracteres parecen armonizar perfectamente con el supuesto de una resignación de las investiduras de objeto. (Freud; 1979; p. 193)

Lo más claro en todo esto es que para Freud es imposible llevar a cabo un análisis con pacientes psicóticos debido a una predisposición existente en dichas personas a la introyección (cuando las investiduras son volcadas sobre el yo volviendo a un estado de narcisismo) y el abandono del interés por los objetos externos, cosa que dificultaba el correcto establecimiento de la transferencia (donde es necesario que existan investiduras sobre otras personas, aunque sea de tipo inconsciente, y a la vez que sea investida la persona del médico). Pero lo que hay que entender principalmente es que la lectura que Freud realizaba era de orden tópico y dinámico, y a la vez lleno de referencias imaginarias, tomaba elementos como la investidura, el yo, los objetos, etc. Mientras que en la teoría lacaniana hablamos de otro orden de cosas, y se introducen mayor cantidad de elementos simbólicos, donde la palabra va a tener capital importancia, pero manteniendo también aquellos que revisten un carácter imaginario, como cuando nos hablaba sobre cómo la imagen que nos devuelve de nosotros mismos el otro determina si la transferencia es positiva o negativa.

En su teoría se habla de la psicosis explicándola desde el orden significante, donde hubo un significante que vino a faltar, fue forcluido y por lo tanto no permitió una lectura de la realidad propia de los neuróticos. Este significante, como ya hemos dicho, es el

significante del 'nombre del padre', que tan importante resulta en la constitución de la realidad del sujeto, realidad que solo puede ser leída con la ayuda del orden simbólico. Pero en ningún momento Lacan dijo que esto entorpece el establecimiento de la transferencia ni el tratamiento de dichos pacientes.

### **Hay transferencia psicótica**

Jean Allouch (1989) realiza un abordaje muy esclarecedor respecto al tema en un texto llamado 'Ustedes están al corriente, hay una transferencia psicótica', donde hace su propio aporte sumado a dichos del mismo Lacan.

Por empezar, plantea que es posible una transferencia psicótica. Pero sin embargo, dicha transferencia posee ciertas particularidades.

Y he aquí su más importante frase: 'el neurótico transfiere, el psicótico plantea transferencialmente'.

Allouch dirá que Freud pensaba que debido al autoerotismo el psicótico no podía establecer una relación transferencial.

En cuanto a Lacan, afirmaba que el autoerotismo no se trata de una introyección, sino que lo más importante era un desorden de los pequeños 'a', lo cual implicaba una falta de sí. Y que en el delirio tiene importancia la intersubjetividad.

Lejos de ser como muchos creen, o sea, que el psicótico está totalmente alienado y no importan los demás, el centro de su locura es la perturbación de la relación al Otro con mayúscula.

El psicótico está determinado en su locura a partir del lugar que ocupa en Otro, es un lugar pasivo, un 'ser tomado por', este lugar es el que actúa.

La Folie a Deux es posible en tanto se tenga en cuenta todo lo que el psicótico dice, y que se le demuestre que uno cree en ello.

En la transferencia psicótica hay 3 lugares:

- El del psicótico que aparece como testigo
- El Otro, donde hay una asignación persecutoria y desubjetivante
- El otro, donde el sujeto hace valer su decir. Aquí uno puede recusar el testimonio del psicótico, o codelirar con él.

Esto nos deja con dos posibilidades, o ser tomados como perseguidores, como A (gran Otro), donde debemos arreglárnoslas como podamos para responder. O como un semejante, o sea, un pequeño a, desde donde estamos abiertos a tomar el discurso del delirante como verdadero, o rechazarlo.

Pero, ¿de qué forma podemos ganarnos la confianza del psicótico?

Por medio de lo que Allouch llamará la 'transferencia al psicótico'.

Esto significa que al psicótico se le debe reconocer cierto saber, y ubicarnos en el lugar del Erastés (amante), pero para que luego sea él el que ocupe dicho lugar. Entonces, hay una particularidad en el asunto, ya no se trata tanto sobre la pregunta por la transferencia del psicótico, sino sobre como juega aquí el deseo del analista y su contratransferencia, justamente, como Allouch la llama, la transferencia del analista 'al psicótico'.

Por último, el autor aborda el tema del sujeto supuesto saber, y retoma el decir de Lacan, para quien la cuestión se trata de saber desde donde se ubica cada sujeto en relación al sujeto supuesto saber, desde qué lugar se dirigen a él.

El lugar que el sujeto debe adoptar es el de un significante frente a otro significante, el lugar de un 'cierto' significante.

Es a partir de ahí, de este significante donde el sujeto se 'aplata', se queda ahí en ese lugar, esperando este supuesto saber que obtendrá del analista (todo este proceso está posibilitado por la transferencia).

A la vez 'hay transferencia' en tanto que su significante no cesa de no representar al sujeto para un significante cualquiera.

El significante de la transferencia, cuando la hay, queda entonces no subjetivado.

La principal diferencia entre transferir y plantear transferencialmente está en que hay una implicación diferente. El psicótico que plantea transferencialmente, está en una posición más objetiva respecto al significante transferencial. Esto demuestra que hay una posición idéntica del analista y el psicótico a la hora de ubicarse en la transferencia.

Sin embargo, tarde o temprano el psicótico terminará cayendo en la demanda de análisis, su engaño está en que él cree que no lo hará.

## Conclusión

Así como ha sido planteado en los objetivos, hemos podido arribar a una conclusión respecto al tema de Las Psicosis, y el resultado solo ha logrado reforzar las expectativas previas al despliegue del presente trabajo.

Como primer punto remarcamos el hecho de que, en contra de cierta idea errónea ya mencionada. Debemos tener en cuenta la presencia de una 'falta' en la estructura psicótica, ya que si bien, podemos hablar de elementos forcluidos o no simbolizados que están íntimamente ligados a la ley y al significante del nombre del padre, no implica que queden exentos de la condición de deseante, propia de todo ser humano, ni tampoco, de la posibilidad de establecer una transferencia.

Además, debemos agregar que, a partir de los aportes de Lacan y Allouch, podemos afirmar que es posible el trabajo del psicólogo con pacientes psicóticos en el marco de un tratamiento analítico, lo que da por sentado la existencia de una transferencia, la cual si bien posee ciertas particularidades, que ya fueron explicadas, no obstruye para nada el desarrollo de una práctica con dichas personas.

Podemos destacar aquí una cuestión particular, que además en este caso, la mirada debe correrse un poco y no fijarse tanto sobre el lugar del psicótico en la mencionada práctica, sino centrarse sobre la posición del analista, su deseo y por lo tanto su contratransferencia.

Para concluir diremos que, si bien Sigmund Freud no creía que esto fuera posible, se debe a que esta noble disciplina que es el psicoanálisis estaba en un tiempo casi germinal, y no a una falta de ingenio o investigación de su parte. Como además a una teoría que estaba cargada de cuestiones tópicas, dinámicas e imaginarias (no se descuidaba lo simbólico, pero tampoco tuvo un lugar tan privilegiado como para Lacan en todas las cuestiones).

## **Bibliografía**

- Allouch, J; (1989). "Las psicosis" Cap. "Ustedes están al corriente, hay una transferencia psicótica". Córdoba, Argentina. Editorial: La Torre Abolida.
- Eidelsztein, A; (2001). "Las estructuras clínicas a partir de Lacan".
- Freud, S; (1917). "27 Conferencia. La transferencia". Buenos Aires, Argentina. Editorial: Amorrortu.
- Freud, S; (1979). "Introducción del narcisismo". Buenos Aires, Argentina. Editorial: Amorrortu.
- Freud, S; (1979). "La pérdida de la realidad en la neurosis y psicosis". Buenos Aires, Argentina. Editorial: Amorrortu
- Freud, S; (1979). "Lo Inconciente" Cap. 7. Buenos Aires, Argentina. Editorial: Amorrortu.
- Freud, S; (1979). "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia". Buenos Aires, Argentina. Editorial: Amorrortu.
- Freud, S; (1979). "Sobre la dinámica de la transferencia". Buenos Aires, Argentina. Editorial: Amorrortu.
- Lacan, J; (1975). "Escritos 2, capítulo La dirección de la cura y los principios de su poder". Editorial: Siglo Veintiuno.
- Lacan, J; (2007). "Seminario 1, Los escritos técnicos de Freud" Cap. 3, 4, 19, 21 y 22. Buenos Aires, Argentina. Editorial: Paidós.
- Lacan, J; (1986). "Seminario 3, Las Psicosis" Cap.1 y 6. Buenos Aires, Argentina. Editorial: Paidós.
- Lacan, J; (1999). "Seminario 5, Formaciones del Inconciente" Cap. 9, 10 y 11. Buenos Aires, Argentina. Editorial: Paidós.
- Lacan, J; (1977). "Seminario 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis" Cap. 10 y 19. Buenos Aires, Argentina. Editorial: Paidós